

Culpa del Mercantilismo

“El liberal chileno José Piñera Echenique ha sostenido que el nuestro no es un continente pobre sino un continente empobrecido. La culpa de tal situación la tiene el capitalismo mercantilista o patrimonial que ha germinado en nuestros países. Ya hemos visto cómo este sistema, plagado de privilegios, de monopolios y prebendas, ha sido una inagotable fuente de ineficiencia y corrupción en nuestras economías, una causa flagrante de subdesarrollo, de discriminación y de injusticias cuyas principales víctimas han sido los más pobres de nuestras sociedades. Este sistema, dice Jean François Revel, se caracteriza “por un rechazo de mercado y de toda libertad de cambios y de precios; por una práctica monetaria irreal, desligada del contexto internacional; por inversiones colosales dilapidadas en complejos industriales megalómanos o improductivos; por gastos militares ruinosos; por bancos esterilizados por las nacionalizaciones que impiden al crédito funcionar según criterios económicos; por un proteccionismo aduanero que suprime la competencia con el exterior e implica una degradación de la calidad de los productos locales; por una economía de rentas, una plétora de empleados parasitarios que, a la larga, hacen imposible un regreso al mercado sin desatar un desempleo endémico; por un empobrecimiento de la población, acompañado de un enriquecimiento por medio de la corrupción de la clase política y burocrática”.

Del “Manual del Perfecto Idiota
Latinoamericano”
Plaza & Janés

Una perspectiva neoliberal

Enfoques políticos sobre el desarrollo

*Andrés Benavente Urbina
Jorge Jaraquemada Roblero*

I. Enfoques culturales del desarrollo y su evaluación

1. El enfoque clásico de Weber

El desarrollo de la humanidad es obra del individuo. Una premisa que parece obvia en nuestros días, careció de importancia en otras interpretaciones como la marxista, en que el sujeto de la historia es colectivo: una clase social, o como la conservadora de Carlyle, en que los pueblos avanzan gracias a sus héroes.

Pero no se trata de un desarrollo cualquiera, sino uno en el cual el comportamiento político, en cuanto nivel decisional, se sujeta a una ética. Es esta ética la que dará sustento a la acción libre del individuo en la tarea de lograr el desarrollo. Son principios éticos que se insertan en la tradición judeo-cristiana. El rechazo a la violencia y al fraude, en cuanto importan irrespetar a la persona, son derivaciones claras de la ética de la responsabilidad. La

responsabilidad corresponde a una concepción consensuada del desarrollo, en que el ejercicio de las libertades se armonizan.

A la ética de la responsabilidad, opone Weber la ética de la convicción, en que el logro de los fines que son propuestos justifican el uso de medios que abstractamente serían rechazados. La convicción responde a una concepción voluntarista del desarrollo. Desde siempre se han formulado propuestas de desarrollo invocando ideales trascendentes o grandes causas, y en virtud de ellas se ha violentado la libertad de los demás.

Es útil detenerse en los efectos de la ética de la convicción porque descubriremos que ha estado vigente entre nosotros hasta hace pocas décadas. Siguiendo de cerca a Weber, Angel Flisfish apunta: “Lo que se reprocha es que se santifique la lucha por el poder y su

III TRIMESTRE 1996

ejercicio mediante la apelación a unos fines trascendentes, cuya fuerza de convicción arranca de una cosmovisión religiosa... En virtud de los principios proclamados se quiere hacer aceptar a los demás que los medios políticos gozan de la misma respetabilidad que poseen los fines trascendentes a cuyo beneficio se los pone”¹.

En efecto, el traslado al campo de lo político de criterios propios de la religión hacen que los proyectos de desarrollo se transformen en una cultura de la exclusión y de la imposición, la cual resulta incompatible con el ejercicio concreto de la libertad. La crítica no sólo apunta a las concepciones integristas, de cualquier signo, sino también a aquéllas que se fundan en ideales globales, como el de <construir una Nueva Cristiandad>, y los que aspiran a la transformación revolucionaria de la sociedad.

La contraposición de la ética de la responsabilidad con la ética de la convicción forma parte de la dialéctica del desarrollo. Es la confrontación entre el deber ser y el ser. La moral política, consecuentemente, posee un carácter precario e imperfecto.

En uno de sus clásicos, Weber apunta que el desarrollo político está asociado históricamente con el paso de una sociedad en que la fuerza era el elemento primordial, a

una sociedad en que rigen normas consensualmente aceptadas, lo que va a la par con la ampliación del mercado, como factor regulador no sólo de los ámbitos económicos sino primordialmente sociales.

Después del tránsito de la cultura política de Occidente por diversas formas de imposición ideológica y por el empleo, no pocas veces, de la fuerza física como elemento coadyuvante, llama la atención la extraordinaria vigencia del esquema weberiano.

En efecto, de un lado, se tiene que nuestro tiempo —con las excepciones de los regímenes fundamentalistas— se aproxima cada vez más a la primacía de la ética de la responsabilidad. Los voluntarismos políticos han perdido notoriamente vigencia, luego de probar, muchas veces dolorosamente, sus fracasos. De otro, es imposible ignorar la universalización que ha experimentado la vigencia del mercado, con la consiguiente expansión de la libertad personal y de la racionalidad política.

Si bien no podemos afirmar que hay un paradigma weberiano de desarrollo político-cultural que sirva de foco de atracción a los diversos proyectos de desarrollo que se plantean, es lícito sostener que con el colapso de las <culturas impuestas>, en lo que caben tanto las concepciones mesiánicas de los

proyectos globalizantes, como los esquemas totalitarios, muchas de las premisas de Weber adquieren actualidad, estando implícitamente presente en las modernas teorías del desarrollo.

2. El enfoque conservador de Parsons

Parsons representa un esquema de desarrollo y modernización conservador. Pone énfasis en el concepto de orden, expresando que la característica central y fundamental de un sistema social es la interdependencia de las partes que lo integran. Es, la anterior, una afirmación plenamente válida, sólo que los alcances que él le da a la interdependencia son absolutistas, por cuanto ni concibe el surgimiento de la variable <casualidad> o de imponderables, así como una interrelación que termine siendo rupturista. Estas dos situaciones son disfuncionales al orden y por lo tanto son consideradas como antisistémicas.

El progreso y el desarrollo deben darse, por tanto sólo a partir de las pautas existentes del sistema social. El orden social así concebido expresa una tendencia al automantenimiento, lo que se manifiesta en la manera como Parsons entiende el equilibrio. Como lo apunta un autor: “Una cualidad es la tendencia del sistema

social a mantener el equilibrio dentro de ciertos límites relativos a un medio”. El sistema mantiene el equilibrio mediante la socialización de las personas que ingresan a él y mediante mecanismos de control frente a tendencias de desviación de la <cultura común>. La socialización y los mecanismos de control, añade, son necesarios al equilibrio “pues si les tolera (a las desviaciones) tenderán a modificar o desintegrar el sistema”².

Desde luego que el sistema social y la sociedad misma genéricamente considerada tienen que descansar en un orden y que, por lo tanto, las tendencias disociadoras deben enfrentarse teniendo en consideración la preservación de los componentes básicos de ese orden social. Sin embargo, en función de ello no se puede caer en comportamientos tradicionalistas que rechazan toda posibilidad de cambio no regulado y el reforzamiento autoritario del mismo orden, por cuanto eso en el terreno político importa —a lo menos— un fuerte énfasis en el rol del Estado y de los gobiernos por sobre la sociedad civil.

El equilibrio que debe darse en un orden social con vistas al cambio es ofrecer siempre mecanismos de resolución de conflictos y promover y preservar un amplio y sólido consenso en torno a los pilares básicos de la

¹ Flisfisch, Angel. *Política y Moral en Max Weber*, en Lechner, Norbert, compilador: “¿Qué significa hacer política?”, Lima, Desco, 1982, p. 200.

² Buckle, Walter. *La sociología y la teoría moderna de los sistemas*. Buenos Aires, editorial Amorrortu, 1982, p. 46.

legitimidad de ese orden. Dentro de tales cauces, toda competencia y toda idea innovadora debe entenderse como correspondiente con un ideal de modernización que puede surgir en el seno de las sociedades. Cerrarse a esta posibilidad en aras de la preservación de un orden tradicional puede significar que más tarde o más temprano el cambio termine por imponerse y lo haga por la vía menos funcional al sistema: el desbordamiento. El fracaso de no pocos modelos autoritarios y el colapso del totalitarismo socialista constituyen demostraciones de cómo las sociedades cerradas, para usar un término de Popper terminan siendo superadas.

El tradicionalismo de Parsons neutraliza la creatividad de la iniciativa particular. Se debe controlar toda posibilidad de que el sistema valórico se distorsione. En sus propias palabras: "Cualquier meta particular debe encuadrarse en un sistema más amplio de metas, según su orden jerárquico y temporal con referencia a otras metas". Es más lo colectivo está por sobre lo individual: "Comprometer a una colectividad para la consecución de una meta significa, además de afirmar la conveniencia de alcanzar dicha meta, comprometerse a tomar medidas específicas para producir el estado-meta deseado"³.

El orden conservador descrito y sostenido por Parsons en cuanto modelo de desarrollo es neutro políticamente. Puede aplicarse, en efecto tanto a las sociedades comunistas que se derrumbaron, como a los esquemas corporativos como el de Oliveira Salazar en Portugal, o al sistema fundamentalista de Irán. Lo colectivo, sea la clase, la nación o la fe, es lo que en último término determina las metas y aspiraciones individuales. Es una manera de mantener el equilibrio social y controlar cupularmente el desarrollo.

El esquema de Parsons tiene cuatro características relevantes: la primera es que la acción del individuo tiene como imperativo un compromiso con la colectividad, a lo que él denomina <lealtad para con el sistema>; la segunda es que de la vinculación con la comunidad, emergen derechos y deberes para el individuo; la tercera es la existencia de una "responsabilidad integrativa para ejecutar decisiones especificadas y proteger ciertos intereses de la colectividad, responsabilidad que constituye un contexto normativo para roles y funciones particulares"⁴. La cuarta importa que la competencia personal no puede sobrepassar la asignación societal de roles.

En verdad, un sistema social se caracteriza por tener en sí una multiplicidad de valores, muchos

de los cuales son contradictorios. Lo que corresponde es que el sistema sea capaz de asumir esta diversidad y otorgarle cauces adecuados para que se exprese sin provocar una ruptura o fragmentaciones. La competencia entre personas, la competencia entre los mismos valores es lo que otorga, contrariando a Parsons, estabilidad y proyección a un sistema y hace del desarrollo una tarea que compatibilice continuidad con cambio.

En otro de sus textos, Parsons apunta: "Un sistema social se caracteriza siempre por tener un sistema institucionalizado de valores. El primer imperativo funcional del sistema social es mantener la integridad de ese sistema de valores y la institucionalización de aquel. Este proceso de mantenimiento significa la estabilización contra las presiones que tienden a modificar el sistema de valores"⁵.

Estas afirmaciones no han sido superadas por el término de ciertos regímenes conservadores de signos totalitarios o autoritarios. Tienen hoy plena vigencia en las pautas tradicionalistas que actúan en política democrática. Dan cuenta de las interpretaciones que asignan los sectores conservadores a los valores centrales de una sociedad: valores rígidos, establecidos de una vez para siempre, que deben impedir cualquier avance del

liberalismo. Es la pervivencia de un viejo espíritu defensivo que siempre busca enemigos para autojustificarse. Son los que defienden, en nuestro medio, la Civilización Occidental de enemigos que suelen parecerse a los molinos del Quijote. Son parsianos, obviamente sin saberlo, quienes han reemplazado al arcaico marxismo por el liberalismo, al plantear su razón de ser en política. Son los que privilegian el orden por sobre los riesgos de la libertad en la construcción de un desarrollo sostenido.

3. El enfoque dialéctico de Fukuyama

La tesis del Fin de la Historia que Fukuyama ha planteado en artículos y libros no supone, desde luego la peregrina idea de que estamos en el final de los tiempos, ni se inscribe en la perspectiva de aquellos que en los inicios de la era cristiana creían en la parusía. Lo que se sostiene por el autor es que las grandes confrontaciones dialécticas están llegando a su fin, cuando el liberalismo político y el capitalismo económico se universalizan como sistemas incluso en aquellas partes en que por décadas tuvieron preeminencia sistemas estatistas y totalitarios. Advierte, eso sí, que el triunfo completo de las ideas liberales se ve detenido por la impermeabilidad

3/ Parsons, Talcott. *El aspecto político de la estructura y el proceso social*, en David Easton, compilador, "Enfoques sobre Teoría Política", Buenos Aires, Amorrortu editores, 1972, p. 114.

4/ *Ibidem*, p. 119.

5/ Buckley, Walter, op. cit. p. 49.

de las sociedades islámicas.

Se trata de una interpretación hegeliana de la historia, la que en verdad estábamos acostumbrados a ver proyectada —en cuanto método dialéctico— sólo en el pensamiento marxista.

Lo que Fukuyama propone no es algo enteramente novedoso; que el hecho de que sí lo parezca se debe a dos razones: a esa falsa identificación de Hegel con Marx en su metodologías para interpretar la historia, y porque el siglo XX estuvo caracterizado en gran parte por un marcado pesimismo en cuanto a la posibilidad de la internalización de la libertad. Lo plantea de este modo: "Virtualmente todos los que estaban profesionalmente consagrados al estudio de la política y de las relaciones internacionales creían en la permanencia del comunismo, cuyo derrumbamiento a fines de los ochenta, constituyó, por tanto, algo enteramente imprevisible...Las raíces de una ceguera tan generalizada eran mucho más profundas que un mero espíritu de partido y había que buscarlas en el extraordinario pesimismo histórico engendrado por los acontecimientos de nuestro siglo"⁶.

La idea de desarrollo en este autor se asocia al avance del liberalismo económico y de la democracia. Esto se comenzó a insinuar cuando ceden los

regímenes autoritarios de Europa del Sur en la primera mitad de la década de los setenta, viéndose posteriormente complementado con los procesos de transición en América Latina en la década siguiente. El avance de la democracia prosigue en Asia con la caída de Marcos en Filipina, prosigue con el proceso de democratización en Sudáfrica. Desde luego el punto culminante es el colapso de los socialismos reales.

Afirma: "En una democracia liberal, el Estado es por definición débil; pues el mantenimiento de una esfera de derechos individuales significa una tajante delimitación del poder del Estado. Los regímenes autoritarios de derecha y de la izquierda, en contraste han tratado de emplear el poder del Estado para introducirse en la esfera privada y para controlarla con diversos fines"⁷. Esta afirmación es falsa. No se compadece plenamente con la realidad y parte más bien de una caricatura de los autoritarismos.

En efecto, una democracia por sí sola no garantiza una contención del poder, para usar un concepto de Hayek, que es lo que en verdad impide que el Estado se entrometa en la esfera privada. Son muchas las democracias que, tributarias de concepciones del Estado de Bienestar coexistieron con

regímenes intervencionistas. Perú de Alan García es un buen ejemplo reciente. Al revés, los regímenes autoritarios de Chile y Corea del Sur fueron los que, con sus respectivos tiempos y modalidades, posibilitaron el desarrollo y fortalecimiento de un importante sector privado no sólo en lo económico, sino en lo societal, como paso previo al establecimiento de las libertades políticas. Con programas y medidas privatizadoras y desreguladoras el gobierno del general Pinochet en Chile avanzó mucho más en términos de afianzar el ejercicio de la libertad personal, reduciendo el tamaño y los roles del Estado, que muchas democracias populistas.

El recurso a la caricatura, no por el afán de denigrar, sino más bien por desconocimiento profundo de los diversos procesos políticos hacen que la tesis de Fukuyama sea cuestionable en su presentación, aún cuando deban aceptarse como válidas varias de las premisas de su artículo, particularmente aquellas que dicen relación con la universalización de democracia y economía de mercado.

En la formulación de su teoría hay, con todo aspectos relevantes y de indiscutida vigencia. Uno de ellos es el desmentido categórico a lo sostenido por la teoría de la dependencia, de moda en los años sesenta, por la cual se intentaba explicar el subdesarrollo a partir de

la explotación de los países centrales —capitalistas— sobre la periferia.

Al contrario, dirá Fukuyama, "el subdesarrollo no se debe a las iniquidades inherentes del capitalismo, sino más bien al grado insuficiente de capitalismo"⁸. No en vano las políticas de privatizaciones y de libre comercio ha logrado elevar con más efectividad la calidad de vida de los llamados países periféricos respecto de las pretéritas medidas de nacionalizaciones y de sustitución de importaciones.

Otro aspecto rescatable es su optimismo histórico. A diferencia de las postulaciones decadentistas de Spengler y de Toynbee, destaca que el futuro al estar centrado en los ejes de la democracia política y de la economía de libre mercado, y por lo tanto en la vigencia de la libertad del individuo, necesariamente debe ser visto con esperanza. Lo positivo del futuro será derivación de la creatividad del hombre.

El "Fin de la Historia", con todo, es una propuesta voluntarista. Es cierto que las ideas liberales han terminado por universalizarse, con la excepción expresada por el autor de los países islámicos. Es cierto que "El triunfo de la idea occidental, es evidente, en primer lugar, en el total agotamiento de sistemáticas alternativas viables al liberalismo occidental"⁹ Su

6/ Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, 1992, p. 35.

7/ *Ibidem*, p. 44.

8/ *Ibidem*, p. 78.

9/ Fukuyama, Francis. ¿*El fin de la Historia?*, en *Revista Estudios Públicos*, N° 37, verano de 1990.

equivoco radica en la metodología de la interpretación histórica, en la proyección del método hegeliano.

El liberalismo ha resultado victorioso como modelo de desarrollo económico, político y cultural. Es cierto que hoy no tiene una alternativa. Pero de allí a sostener que estamos en los umbrales de un estadio definitivo para la humanidad, en que la hegemonía adquirida será permanente e irreversible equivale a trasladar al plano de la realidad aquello que siempre se sitúa en el nivel de la utopía. La historia, por el contrario, ha sido reiteradamente porfiada para demoler —a la largo de los siglos— esquemas que en su momento se presentaron como definitivos.

El cerrar la posibilidad de nuevos estilos de desarrollo es, en último término poner límites al optimismo con que se percibe el

futuro, el que contendrá sin duda creaciones que aún no se pueden vislumbrar. Por lo demás en una reflexión parcial sobre su primer artículo, Fukuyama admite que “la era posthistórica no estará libre de otros conflictos importantes”¹⁰ lo cuales habrá que analizar en su momento. Al hacerlo, empero, está relativizando la síntesis hegeliana a la que ha creído llegar, puesto que siguiendo su mismo esquema, lo que hoy se ha logrado pasaría a ser la tesis de la nueva dialéctica en un proceso inacabado como es la historia. En algo parecido incurrieron los marxistas —aunque sólo en el plano teórico e ideológico, pues el socialismo nunca se universalizó como alternativa única— mostrando que en verdad lo que falla, al ser aplicado a esquemas de desarrollo, es el método hegeliano que en uno u otro caso se invoca.

II. La evolución en el sentido de la historia y la visión del futuro

I. El conservadurismo decadentista de Spengler

El pensamiento conservador de gran parte de este siglo ha estado marcado por una tendencia al pesimismo, a la vez que por una visión reduccionista del mundo. Sólo es válido y digno de emularse aquello que viene de Occidente,

llegándose a contraponer con Oriente y la idea de atraso cultural y paganismo. De alguna forma se trata de una proyección al presente de la Roma imperial respecto de los bárbaros.

A los conservadores les gusta más enfatizar la historia que la prospectiva. Mirar con nostalgia ilusoria <edades de oro> y rechazar

sin mayor análisis toda posibilidad de cambio. Spengler ve en Occidente, a inicios del siglo, un inevitable signo de decadencia, de desperfilamiento, de pérdida de liderazgo.

La visión decadentista de Spengler no conduce sino a asumir actitudes defensivas. Hay que <salvar> los valores principales de la civilización Occidental amenazados por la barbarie, sin detenerse a considerar que muchos de esos anti-valores que se creen advertir provienen también de sistemas de pensamiento elaborados en Occidente. Y las actitudes meramente defensivas son como la profecía autocumplida, siendo cada vez más arrinconadas por los cambios, debiendo soportar derrota tras derrota. La visión pesimista del futuro lleva siempre a la realización de un porvenir negativo.

Los sectores conservadores de Occidente vieron con pavor la expansión de los regímenes comunistas. Ante ello había que levantar vanguardias en una lógica de guerra en que la visión decadentista indicaba de antemano que se perdería. No hicieron mucho más que lamentarse. Ninguna alternativa capaz de competir con las visiones decadentistas que denunciaban fue elaborada por quienes de una u otra manera se sentían tributarios del pensamiento de Spengler.

Spengler forma parte del conservatismo alemán que rechaza al liberalismo y a la modernidad en cuanto no aceptan la secularización de la sociedad. Al decir de Cristi y Ruiz: “Su pesimismo con respecto a la preservación de los contenidos de vida tradicionales y su visión de un presente irredimible se mezcla con cierto utopismo. Para los conservadores tradicionales el pasado retiene íntegramente su fuerza vital. La evocación del pasado tiene por función confirmar la continuidad con una tradición en la que reposa el curso vital del presente y su proyección al futuro”¹¹, pero esta proyección no se da en medio de la decadencia, sino que solamente cuando aparecen hombres providenciales capaces de revertir parcialmente tal proceso. De allí que en un primer momento Spengler se sintiera interpretado por Hitler.

El pesimismo conservador quedó superado por el paso del tiempo, pero fue influyente como visión de mundo en varios ámbitos y por varias décadas. Posteriormente los conservadores se plegarían al avance del liberalismo económico, debiendo contradecir muchas de sus premisas y silenciar otras. Sólo una vez instalado el modelo neo liberal, ellos tomaron dentro de él las banderas de los valores presuntamente atacados por el relativismo cultural que es más

10/ Fukuyama, Francis. *Respuesta a mis críticos*, en Revista Doxa, Cuadernos de Ciencias Sociales, N° 2, Buenos Aires, Invierno de 1990.

11/ Cristi, Renato y Ruiz, Carlos. *El Pensamiento Conservador en Chile*, Santiago, editorial Universitaria, 1992, p. 40.

tributario de la imaginación que de la realidad.

2. La teoría de la inevitabilidad del socialismo: Althusser.

El marxismo siempre se presentó a sí mismo como la versión definitiva de la historia y en sus proposiciones se encontraba el punto terminal de un futuro percibido como lineal: el advenimiento de la sociedad comunista.

Después de la crisis del estalinismo, el marxismo en su visión ortodoxa comenzó a ser considerado como anticuado y se plantearon varias reformulaciones manteniendo sus premisas centrales. Sin embargo, en medio de los pensadores neomarxistas, surge uno, Louis Althusser quien tras una aparente renovación del marxismo, lo que hace en verdad es una reactualización del marxismo en un sentido leninista.

Althusser provenía de una cultura cristiana y de una formación social burguesa, con lo que efectivamente le otorgaba a sus premisas un atractivo de novedad —que al analizar a fondo sus contenidos desaparecía— y a la vez ofrecía una vía no de diálogo, sino de inserción de los cristianos de izquierda en el sistema de pensamiento marxista. Una tercera característica, derivado de su origen burgués es que ofrecía la

posibilidad a los <burgueses> de incorporarse, pese a su origen de clase, al compromiso proletario para llevar a cabo las tareas revolucionarias. Eso se traducirá en prácticas de fuerte contenido testimonialista.

Tan ortodoxo es Althusser que puede afirmar sin mayor problema: “Cuando se les canta a los proletarios, la canción humanista, se les desvía de la lucha de clases, se les impide darse y ejercer la única potencia de la que disponen, la de su organización en clase y de la organización de clase, los sindicatos y el partido, para concluir su lucha de clase ellos mismos”¹². El partido seguía siendo concebido como el portador de la <ciencia social> que asumía el marxismo, y de acuerdo a ello, el constructor único —en cuanto vanguardia— del futuro deseable.

La apertura que ofrece Althusser es que no es necesario ser proletario de origen para sumarse a las tareas revolucionarias; para algunos tal ampliación equivale a signos de pluralismo al interior del socialismo. Para nosotros no es más que la adecuación del marxismo a realidades en que la clase proletaria como tal no estaba destinada a jugar mayores roles dada su pequeña dimensión o relativa gravitación. En la Revolución Cubana, por ejemplo, no es el proletario el protagonista central,

sino que lo son los estudiantes, los campesinos y las capas medias (llamadas pequeña burguesía). Con las tesis de Althusser que amplía la categoría de proletario, el asunto queda resuelto en favor de la ortodoxia.

Marta Harnecker, connotada discípula de Althusser, cita en un estudio suyo al dirigente de la Revolución Cubana, Carlos Rafael Rodríguez que se extiende sobre la materia a la luz de la experiencia de su respectivo proceso. “La hegemonía del proletariado no es un hecho físico, es decir no significa que la clase obrera realice su dirección política a través de un grupo gobernante o dirigentes constituido por figuras que salen del proletariado.. Hegemonía del proletariado significa que los intereses y las ideas del proletariado se impongan en el proceso revolucionario y sean expresadas por la dirección de ese proceso como las ideas y programas fundamentales”¹³.

Difícilmente podemos encontrar otra demostración teórica y política, a la vez, que exprese mejor la tesis de la subrogación del proletariado por la dirigencia del partido. Este es en verdad el aporte central que logra hacer Althusser a la concepción marxista de la historia y en la construcción del futuro socialista.

No se ha dicho aún por los residuos del comunismo mundial, a la hora de evaluar autocráticamente el fracaso de su paradigma que aquí reside una de las desviaciones centrales del pensamiento marxista clásico. Es decir, lo han expresado de otra forma, sin aludir a Althusser. Han señalado que lo que ha fracasado es una forma de aplicación del socialismo que termina por apartarse de las bases sociales que le dan sentido. Y todavía se conforman con responsabilizar de ello a Stalin, sin descubrir hasta ahora que en Althusser tendrían a alguien mucho más funcional para culpar.

Al fin de cuentas había sido el propio Althusser quien escribió: “Los proletarios tienen un instinto de clase que les facilita el paso a las posiciones de clase proletaria. Los intelectuales, por el contrario, tienen un instinto de clase pequeño-burgués que se resiste a ese paso”. La solución a la contradicción estaba en “convertirse en partidario y artesano de la filosofía marxista leninista”¹⁴, resaltándose así el rasgo religioso y mesiánico tan propio del pensador francés y que tanto marcaría a una generación política de izquierda como la de los años sesenta.

Lo que terminó ocurriendo es que —como lo había de alguna manera anunciado este autor— los

12/ Althusser, Louis. *Para una crítica de la práctica teórica*, Madrid, editorial Siglo XXI, 1974, p. 53.

13/ Harnecker, Marta. *La Revolución Social. Lenin y América Latina*, Buenos Aires, editorial Contrapunto, 1986, p. 235.

14/ Althusser, Louis. *La Filosofía como arma de la Revolución*, Córdoba, Argentina, 1971, p. 11.

intelectuales y con ellos parte importante de las direcciones políticas del socialismo, se inclinaron más por concepciones intelectuales que los terminaron por aislar por completo no sólo de la realidad de sus respectivos países, sino del contenido mismo del avance del conocimiento.

3. La teoría de la prosecución del progreso de Dahrendorf

Dahrendorf representa en el terreno filosófico y en el político las ideas de la escuela que es conocida como <liberalismo social>. Se privilegia el bienestar por sobre el crecimiento económico. En el bienestar se incluyen no sólo indicadores cuantitativos, sino también cualitativos, tales como la cogestión en las empresas, el medio ambiente vital, las oportunidades de formación etc. Incluso sostiene Dahrendorf "el bienestar puede aumentar incluso con un débil crecimiento económico"¹⁵. Esta es una afirmación un tanto temeraria por la precariedad en que se sustenta, puesto que sin un crecimiento económico sostenido el bienestar se ve hipotecado a muy corto plazo.

Es claro que el progreso no sólo es medible en términos económicos, puesto que la riqueza se puede concentrar en unos pocos como acontece en algunos países

árabes, petroleros y conservadores como Kuwait, sino que debe reflejarse en una dinámica en que el progreso alcance a todos los niveles sociales en términos de un mejoramiento sustantivo de la calidad de vida. Pero, en definitiva, esto no es posible de consolidar sin un esfuerzo sostenido por mantener tasas constantes de crecimiento.

El liberalismo social tiene puntos en común con la social democracia y con el social cristianismo. Cuando el autor habla de tolerancia activa en contraposición de la tolerancia pasiva, apunta que debe aceptarse roles interventores de ciertas entidades, entre ellas el Estado. Da un ejemplo: "Cuando durante decenios o incluso durante siglos una sociedad ha perjudicado sistemáticamente a una categoría social a la que las gentes no pertenecen por su propia elección, son muchas las cosas que hablan en favor de que se les dé preferencia, al menos durante un cierto período de tiempo"¹⁶. El argumento, sin duda, es convincente, pero si no se precisa que eso puede corregirse sea mejorando la igualdad de oportunidades, sea definiendo los criterios de subsidiariedad con que debe operar el Estado, puede dar cabida a la implementación de una política de corte redistributivistas.

En este aspecto es posible confrontarlo con Hayek, siendo el

propio Dahrendorf quien lo hace presente la contraposición. A su juicio el pensador neoliberal "defiende las reglas del juego de una sociedad abierta, pero ni siquiera por un momento considera la posibilidad de que haya una necesidad activa de actuar, una necesidad activa de mejorar las condiciones. Hay páginas en Hayek, en las que expresa un cinismo característico a propósito de una mejora de las condiciones de la vida humana"¹⁷. No es suficiente para el liberalismo social las reglas del mercado, ni es suficiente la presencia del orden espontáneo. Se hace necesario un rol más interventor del Estado. No se dice con tales palabras pero, en el fondo es la única respuesta posible a la demanda de la existencia de cierta justicia distributiva.

Ubicada esta concepción de mundo y visión de la historia entre la social democracia y el neoliberalismo, siente en estos momentos que las premisas tradicionales del socialismo democrático han hecho crisis, debiendo asumirse criterios de mercado; pero a la vez tiene claro que las políticas neoliberales en el comienzo de su aplicación resultan impopulares por sus efectos de shock, por lo cual propone una solución intermedia, en que por un lado se ponga énfasis en la vigencia de los mecanismos del mercado, pero luego se invoque una función niveladora del Estado

para hacer frente a las demandas sociales.

Este eclecticismo es una de las opciones de nuestro tiempo, y como tal tiene sin duda una vigencia que debe ser considerada. Pero, lo más probable que el liberalismo social deje ser una corriente del liberalismo, para convertirse en el nuevo espacio que asumirá —o está ya asumiendo— la social democracia.

4. El optimismo histórico de Popper y de Fukuyama

Pertenecientes a dos escuelas diversas, pero ambos exponentes de un pensamiento neoliberal, Popper y Fukuyama evidencian el optimismo sobre el futuro basado en la libertad del hombre, del que está dotado el sentido de la historia, apartándose tanto del determinismo marxista donde hay un optimismo basado en el dogma de una pretendida <ciencia social>, como del pesimismo conservador spengleriano para quien la decadencia es inevitable, encontrándose sólo paréntesis momentáneos en los <hombres providenciales> dotados de autoridad.

Popper, exponente del liberalismo evolutivo de la tradición anglo-sajona, sostiene que lo central de la historia es el individuo con su libertad para crear. No es anarquía, por cuanto tal libertad se inserta en los criterios de la

15/ Dahrendorf, Ralf. *Las Oportunidades de la Crisis*, Madrid, editorial Unión Editorial, 1983, p. 59.

16/ *Ibidem*, p. 37.

17/ Dahrendorf, Ralf. *El nuevo liberalismo*, Madrid, editorial Tecnos, 1982, p. 35.

tradicción, entendida como las costumbres derivadas del orden espontáneo que el hombre acumula y acepta para encastrar dentro de ella su vida social.

Para Popper el futuro está por construirse y en esta tarea el individuo juega un rol capital. "Si el mundo fuera completamente predeterminable, la apertura frente al espíritu humano no sería posible"¹⁸. El futuro no es, con todo, un caminar sin sentido, sino que con miras a él la acción del hombre se orienta en la búsqueda sin término (nombre de un libro suyo) de la verdad. Desde luego que esta posición sitúa a Popper y con él al neoliberalismo lejos de las posiciones relativistas que muchas veces por ignorancia se le imputan.

Frente al relativismo, Popper opone el Pluralismo Crítico. El relativismo procede de la tolerancia laxa y conduce o al dominio de la fuerza o a la anarquía, el pluralismo crítico contribuye y estimula la búsqueda de la verdad. Es él quien precisa mejor las diferencias: "El relativismo es la postura según la cual se puede aseverar todo o casi todo, donde la verdad es algo sin significado, el pluralismo crítico es la postura según la cual, en interés de la búsqueda de la verdad, toda teoría debe admitirse en competencia con otras teorías. Esta competencia

consiste en la discusión racional de la teoría y su eliminación crítica. La mejor teoría elimina a las teorías peores"¹⁹. Allí hay una presencia de verdad, sabiendo que como valor absoluto es trascendente al ámbito temporal.

Que la búsqueda de la verdad sea norte orientador del quehacer humano es signo inequívoco de un optimismo histórico, por cuanto es una tarea inacabada donde cada generación tiene el derecho y el deber de hacer su aporte en la acumulación de experiencias y de conocimiento que pasa a ser patrimonio de la humanidad. Es un tarea donde si bien se buscan certezas, se sabe que, al menos las humanas, no tienen infalibilidad, ni están sujetas a un determinismo dogmático, sino que deben someterse al método de la corroboración y asumir, en última instancia, la idea de que las premisas se deben plantear más que como verdades finales, como probabilidades.²⁰

Fukuyama, inserto en la tradición metodológica hegeliana, apunta a que en la historia se ha desarrollado un proceso dialéctico que ha culminado con la universalización de las ideas liberales, lo que comprueba con el colapso del sistema marxista. También en él hay una valoración sustantiva del individuo y de sus potencialidades.

No es anárquico, al admitir que por sobre la libertad hay una conciencia moral del individuo que se ha desarrollado. "La experiencia del siglo XX ha hecho muy problemáticas las afirmaciones de que el progreso se basa en la ciencia y la tecnología, pues la capacidad de la tecnología de mejorar la vida humana depende en alto grado de un progreso moral paralelo del hombre"²¹.

Su optimismo histórico descansa en que el hombre conoce hoy hacia donde se encamina la historia. Sin ese dato, no hay progreso concebible, pues la

marcha de la humanidad sería confusa. En este punto se contradice con Popper, puesto que lo que hace estimulante el porvenir para el autor vienés es precisamente la carencia de certezas preestablecidas. El hombre es el constructor no sólo de la historia, sino también de su propia historia. De allí que los escritos de Fukuyama si bien son compartidos por los neoliberales en cuanto al diagnóstico que se plantea del momento actual, no son asumidos en cuanto a posición filosófica respecto a un sentido de la historia.

III. Indicadores y contraindicadores del desarrollo actual

Este último capítulo pretende unir y articular lo expuesto en las visiones que se han entregado a lo largo del presente trabajo, en función de la interrogante que implícitamente ha estado presente: qué vigencia tienen como propuesta de futuro, y como se asume por la sociedad de nuestro tiempo la tensión entre los indicadores de cambio o modernidad y las expresiones de regresión que tienden a evocar el pasado como momento idílico.

I. La declinación de los ideologismos y la primacía del realismo político.

Los años de la década de los noventa evidencian un abandono de los ideologismos, de las concepciones cerradas del mundo y de la historia. Hay una conciencia política generalizada de que no se puede convertir en realidad la utopía, ni se puede transformar plenamente lo ideal en concreto.

Lo anterior no importa caer en un relativismo existencial, sino más bien importa considerar que el quehacer político debe siempre conjugar las aspiraciones con las posibilidades. El realismo político torna las relaciones sociales y políticas más consensuales y armónicas. Es la negociación y no

18/ Popper, Karl. *Sociedad Abierta, Universo Abierto*, Madrid, editorial Tecnos, 1984.

19/ *Ibidem*, p. 143.

20/ Sobre este tema, véase Popper, Karl. *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*, Madrid, editorial Tecnos, 1985.

21/ Fukuyama, Francis. *El fin de la Historia y el último hombre*, op. cit., p. 33.

la confrontación lo que primará en el campo de las decisiones políticas.

En el plano práctico esto se ha traducido no sólo en el colapso de los modelos totalitarios y de los esquemas autoritarios, con la consiguiente universalización de los principios democráticos, sino que también —aunque distante todavía— el rasgo plural de la sociedad deba ser admitida como algo nominal o como algo potencial incluso por regímenes de tipo fundamentalista.

Con lo anterior han cedido las visiones deterministas del quehacer político, dando como resultado una mayor confianza en la acción del individuo, quién en ejercicio de su libertad va construyendo el futuro de su respectiva sociedad.

2. El rechazo al Estado Sobredimensionado.

Los diversos esquemas de modernización y de desarrollo prevaecientes en las décadas de los sesenta y setenta, tomaron como referente obligado la idea de planificación. En algunas experiencias, como la de los socialismos reales, ella fue absoluta, adquiriendo el Estado un rol crucial, contrastando incluso con la teoría marxista que postulaba el progresivo decrecimiento del Estado a partir de la toma del poder

por la clase proletaria. En otras, como aquellas donde predominó el Estado de Bienestar, fue el intervencionismo del aparato público el que determinó los ritmos del desarrollo, lo cual también requería de una planificación macro a la cual debían ajustarse las diversas iniciativas particulares.

Todos los procesos sociales tenían que darse al interior del Estado si querían tener repercusión efectiva en la sociedad. Como lo apuntaba Poulantzas “la práctica política tiene a las estructuras políticas del Estado como su punto de impacto y objetivo estratégico específico”²².

La afirmación del teórico marxista presupone la concurrencia de dos factores: el primero, que el Estado lo cruza todo y por lo tanto toda demanda o aspiración de los grupos sociales y de los individuos que lo componen pasan a través de él; en segundo lugar que si la actividad relacionada directamente con el quehacer estatal es la política, y si el ámbito social entero estaba condicionado por el Estado, consecuentemente todo era político. La práctica política politizaba a toda la sociedad o parte significativa de ella. La sociedad no tenía una autonomía real frente al Estado.

El desarrollo de un país era definido estratégicamente en los programas gubernativos y no

consideraba la libre competencia de empresas e individuos. Si en las sociedades marxistas ello estaba proscrito, en el <Estado de bienestar> al sector privado no le era reconocido tal grado de independencia.

3. El énfasis en la sociedad civil y en el ámbito privado.

El énfasis en el individuo que hoy es compartido casi por todos los proyectos de sociedad, ha llevado necesariamente a replantearse las relaciones entre Estado y Sociedad Civil. Derivativamente con lo anterior se han redefinido los espacios de lo público y de lo privado.

La sociedad civil goza de mayor autonomía y su esfera es también mucho más amplia. El crecimiento económico, por ejemplo, descansa mucho más en la iniciativa de los particulares, en el desarrollo de las empresas, que en la acción del Estado, el que ha demostrado ser mal administrador y claramente ineficiente para mantener un desarrollo sostenido.

Por sobre las fronteras ideológicas en diversos países se está aplicando la Reforma del Estado. Lo que allí acontece no es sino redimensionar los roles de aquél, redefinir su tamaño y terminar con las regulaciones excesivas, con miras a asignar al sector privado una gravitación más preponderante en el quehacer social. El reconocimiento que se hace de la importancia de la

sociedad civil importa, sin lugar a dudas, admitir que el individuo es maduro para tomar sus propias decisiones no necesitando de paternalismos institucionales o ideológicos que lo subroguen o sustituyan en la construcción de su futuro.

4. Los conraindicadores del desarrollo: fundamentalismos, nacionalismos y neopopulismos como polos de conflictos.

Contrariando los indicadores positivos que evidencian un desarrollo político que tiende a ser generalizado, aparecen signos reveladores de nuevos conflictos y de nuevas rupturas.

Los fundamentalismos políticos cobran fuerza no sólo en países donde tradicionalmente han dominado, sino que se expanden en lugares en que era posible descubrir algunas manifestaciones de pluralismo social. Después de la caída del Sha de Irán, la irrupción de la teocracia de los Ayatolhas fue la primera advertencia de que en el mundo islámico se está expandiendo una corriente que niega cualquier posibilidad de democracia política y pluralismo social. Tales crecimientos se han advertido claramente en Argelia, donde electoralmente el fundamentalismo islámico se mostró como fuerza importante, debiendo suspenderse el proceso de transición a la democracia que se había iniciado; y en Turquía en que grupos constestatarios que asumen la

22/ Poulantzas, Nicos. *Poder Político y clases sociales en el Estado Capitalista*, México, editorial Siglo XXI, 1972, p. 44.

misma filosofía representan una amenaza potencial al afianzamiento de la modernidad que tiene larga data en tal país.

Seríamos injustos, empero, si sólo nos centráramos en el fundamentalismo islámico como contradicción a la internalización de las premisas liberales en el mundo de nuestros días. Efectivamente, desaparecida la etapa de Guerra Fría y colapsado el comunismo en cuanto amenaza concreta para la libertad, sectores que han sido partidarios instrumentales de la economía de mercado, por cuanto siempre se mostraron como severamente críticos del liberalismo, se han ubicado en una posición de cerrada defensa de ciertos valores morales o religiosos que pretenden imponer a la sociedad toda pasando por cualquier pluralismo. Son los integrismos religiosos que en Occidente también han cobrado cierto vigor después de casi un siglo de decrecimiento.

El derrumbe de los Estados superpuestos o por las guerras o por razones de orden político, tales como Unión Soviética, ha posibilitado no sólo la emergencia de Estados que estaban dominados (como los países bálticos) sino de nacionalidades que se creían plenamente integradas a un marco supranacional. No es negativo esto, por cierto; sin embargo, el problema radica en que los nacionalismos

emergentes lo hacen con particular agresividad en busca de consolidar sus fronteras y sus espacios políticos. Lo hacen planteándose en pugna con vecinos y reviviendo conflictos étnicos y territoriales que se creían propios de los inicios del siglo XX y, por lo mismo, definitivamente superados. La dramática desintegración de Yugoslavia es una prueba elocuente de la polarización y de los climas de ruptura que estos nacionalismos pueden provocar.

Como un tercer indicador de contradicción señalemos la emergencia de los populismos bajo nuevas características. Indudablemente que la aplicación de una economía de mercado, especialmente en un período de transición provoca problemas sociales, que sólo pueden ser superados mediante la persistencia en la vigencia del modelo. No todos los gobiernos ni todos los actores políticos están dispuestos a soportar momentos de impopularidad, refugiándose en un discurso cortoplacista, donde se apela directamente a la masa o bien se le otorga una importancia desproporcionada a los movimientos sociales. Una suerte de neocorporativismo, pero esta vez de izquierda, tiende a reemplazar a los caducos socialismos clásicos. Tal es una tendencia que se puede ya observar y a la cual habrá que estar atentos en los próximos años.

IV. Conclusión.

Debemos preguntarnos luego de examinar los indicadores de desarrollo si en verdad, el progreso político, económico y social que se evidencia en el mundo de hoy, pese a las claras excepciones del segmento africano, significa también un avance en el campo cultural al punto de poder afirmar que estamos ante el advenimiento de una nueva época.

A la inclinación de responder afirmativamente la pregunta, se nos oponen los contraindicadores mencionados que más bien nos muestran la irrupción de viejas concepciones culturales que se creían obsoletas. Acontece, al parecer, que muchos de los cambios propios del desarrollo se han dado sólo a nivel institucional, sin remover en lo profundo la mentalidad de las personas.

Todo pareciera sugerir, entonces, que estamos en una etapa de ajuste al interior de un proceso histórico en marcha, como suele acontecer de tanto en tanto en la

humanidad. Sin embargo, y sin pretender dar una respuesta definitiva, lo que está ocurriendo evidencia, lo que a nuestro juicio, son las primeras señales que anuncian que una nueva etapa se está gestando.

Es la importancia que ha cobrado el individuo por sobre los grupos y por sobre las colectividades lo que nos hace sostener tal hipótesis. Se trata de un hecho que a la vez es novedoso y tradicional. Novedoso, por cuanto la historia ha discurrido más bien en torno a ejes colectivos. Tradicional, porque desde siempre es el individuo como sujeto concreto el real motor de todo desarrollo aun cuando debe insertarse, a veces, en procesos que no le reconocen tal condición.

Al fin de cuentas, la Historia de la Creación no es sino un énfasis en el individuo desde que aparece como sujeto singular hasta que cumplido su ciclo, desaparece del mundo temporal, también de manera singular.☺